

Qué cosa es ser hombre

¿Crisis de la masculinidad?

Carmen Yon Leau¹

¿Qué es ser hombre? Actualmente esa pregunta no tiene una sino múltiples respuestas. Algunas de ellas -desde los propios varones- bastante cuestionadoras de los roles tradicionalmente atribuidos a lo masculino.

El tema de los varones y de la masculinidad es relativamente reciente en nuestro medio². La identificación de los varones con «lo» humano, sus poderes y privilegios respecto de las mujeres, así como la alta valoración de lo masculino, los ha «invisibilizado» hasta hace muy poco en el ámbito de nuestras preocupaciones. A quienes había que descubrir y liberar era a las mujeres.

Las lecturas que hizo el feminismo acerca de los hombres y la masculinidad no se propusieron recoger las ansiedades y temores de los varones, la otra cara de sus innegables ventajas. Y en cuanto a los estudios de género, pese a enfatizar una perspectiva relacional, han centrado su atención en las mujeres.

Si para algunas mujeres es aún difícil dejar de ver a los hombres sólo como opresores, quizá para una mayoría de varones -conscientes o no de sus privilegios- es impensable imaginarse como víctimas de sí mismos. Víctimas de roles y estereotipos que forman parte de su autoimagen y autoestima como hombres, y respecto a los cuales también las mujeres se hacen expectativas (muchas mujeres aspiran a un hombre que sea tierno y capaz de reconocer sus debilidades, pero esperan que a la vez sea fuerte y les dé «seguridad»).

¹ Agradezco a Arturo Quispe Lázaro, por sus sugerentes comentarios. A Paty Ruiz Bravo, que me dió pistas para iniciar esta tarea. A Oscar Jiménez, con quien conversé algunas de las ideas aquí vertidas. A los varones y mujeres que accedieron a responder a mis preguntas y me hicieron otras tantas. Asumo las limitaciones que, desde mi vivencia como mujer, tengo para hablar acerca de los hombres y las masculinidades.

² Un primer intento de reunir y discutir las reflexiones existentes alrededor de esta temática, fue el Taller «Aproximaciones a la masculinidad» organizado por el Diploma de Género de la Pontificia Universidad Católica (PUCP) (4-7 de diciembre de 1995).

Las pautas de género imponen a los varones modelos de masculinidad que además de perjudicar a las mujeres les restan a ellos mismos posibilidades de desarrollar todas sus capacidades y potencialidades como seres humanos. Así, «mientras que muchas características asociadas con la masculinidad son rasgos valiosos, como por ejemplo la fuerza, la audacia, la racionalidad y el deseo sexual; la exacerbación de estos rasgos en la norma masculina y la exclusión de otros (asociados con la femineidad) son opresivos y destructivos»³.

Ahora que podemos vislumbrar -aunque de modo heterogéneo e inacabado- cambios en la situación social de las mujeres y los modelos de femineidad, necesitamos ahondar en las rutas seguidas por los varones y las masculinidades. De seguro ello contribuirá a una mejor comunicación entre los sexos, a relaciones de género más igualitarias, así como a una redefinición de roles y modelos de identidad polares y opresivos.

Las mujeres cambiaron

Investigaciones realizadas desde las ciencias sociales muestran que son las mujeres de sectores medios, particularmente las profesionales y las más jóvenes, quienes cuestionan en mayor medida los referentes tradicionales de femineidad⁴. Como señala el pionero estudio de Norma Fuller⁵ con mujeres de sector medio, la novedad es la resignificación de los modelos tradicionales de femineidad y su convivencia con nuevas formas de «ser mujer». Así, sigue siendo central la sobrevaloración de la maternidad, pero con una menor dosis de sacrificio y un mayor interés por la realización individual. De otra parte, los estereotipos de la mujer madre, ama de casa, figura decorativa, **femme fatale** u objeto sexual, coexisten con los de la mujer moderna, la liberada, la profesional o la política.

Mientras tanto, ¿qué ha pasado con los modelos de masculinidad? Si bien ha perdido legitimidad el discurso que sostenía el dominio o la superioridad del hombre sobre la mujer, ello no parece haber traído consigo cambios significativos en el comportamiento real de los varones y la construcción de nuevos modelos de ser hombre.

Los varones no vivieron las grandes transformaciones que experimentaron las mujeres al

³ Kaufman, Michael: **Hombres. Placer, poder y cambio**. Santo Domingo. 1989.

⁴ Ver Kogan, Liuba: «Masculinidad/femineidad: estereotipos de género en el sector socioeconómico alto de Lima». Tesis PUCP-CCSS. Lima. 1992.

⁵ Fuller, Norma: **Dilemas de la Femineidad: mujeres de clase media en el Perú**. PUCP. Lima. 1993.

adquirir nuevos derechos e ingresar a espacios tradicionalmente considerados masculinos. Si los hombres cambian o se ven en la necesidad de revisar sus referentes de masculinidad, sería en gran parte porque las mujeres cambiaron y se ven exigidos a replantear sus relaciones con ellas (Fuller, 1993).

Hombres y masculinidades

Antes de esbozar algunas pistas sobre los hombres y las masculinidades, es importante hacer dos precisiones.

En primer lugar, debemos mencionar que así como no existe un sólo patrón de femineidad tampoco hay un único modelo de masculinidad. La masculinidad no es una esencia contenida en un cuerpo de hombre que permanece inmutable y se manifiesta siempre del mismo modo.

Los atributos y roles que identificamos como masculinos son construidos socialmente y varían según las matrices culturales, la edad o el nivel socioeconómico de las personas. La masculinidad puede adquirir, además, distintos significados para un mismo hombre, según la etapa de la vida en que se encuentre o de acuerdo a la clase de relación que establezca con las mujeres (si es su enamorada, su esposa, su amante o una relación pasajera) o a los «tipos» de mujer con los que se vincule (p.ej. si es «de su casa» o «fácil»).

Así, durante la adolescencia la masculinidad puede ser definida principalmente en función del comportamiento sexual y de la fortaleza o habilidad para enfrentarse a otros hombres, mientras que en la adultez lo central puede desplazarse hacia el éxito en el trabajo o la paternidad.

De igual modo, un hombre puede ser a la vez tierno y protector con su esposa y seductor e irresponsable con la amante, el «vacilón» (relación pasajera) o una mujer que considera «fácil»⁶.

Finalmente, incluso hay quienes señalan que es más exacto hablar de instantes de masculinidad o de masculinidad ocasional, en tanto los hombres no actúan todo el tiempo como seres con género, es decir asumiendo que sus acciones son propias de un hombre o

6 Estas ideas son desarrolladas por Norma Fuller: «Los estudios sobre masculinidad en el Perú». En: **Detrás de la puerta: hombres y mujeres en el Perú de hoy**. Patricia Ruiz Bravo (Ed). PUCP. 1996.

masculinas⁷.

En segundo lugar, cuando hablamos de masculinidad o masculinidades es preciso diferenciar los roles de los estereotipos de género. Los roles aluden a lo que los hombres concretos son, a sus conductas, actitudes y condiciones. Los estereotipos, en cambio, a lo que la gente piensa que es típico de los hombres⁸.

Esta distinción es muy útil, pues solemos hablar de la masculinidad sólo a partir de sus estereotipos. Aunque debido a su carácter normativo los estereotipos pueden ser referentes más o menos estables de la identidad de amplios grupos de hombres y mujeres, en la práctica no nos permiten advertir la complejidad de los reacomodos, la variabilidad y las contradicciones entre lo que se espera socialmente que sea masculino y el comportamiento real de los varones o las circunstancias concretas en que actúan y se construyen sus identidades.

Teniendo presentes estas dos consideraciones, abordaremos algunos aspectos centrales y conflictivos de las masculinidades. Los contados estudios hechos en nuestro medio acerca de los varones y la masculinidad, nos permitirán ilustrar principalmente estereotipos y, solo en algunos casos, hablar de los roles asumidos como masculinos por los varones.

Marcando las fronteras

Hablar sobre la masculinidad con hombres de comportamiento heterosexual me ha remitido las más de las veces al tema de la homosexualidad. Esto se debería a la tendencia a asociar masculinidad con heterosexualidad («ser hombre es no ser homosexual»)⁹; y homosexualidad con ser femenino («afeminado») y pasivo o receptivo.

Sin embargo, la adopción de rasgos o comportamientos identificados como masculinos o femeninos, o de un rol insertivo o receptivo en las relaciones sexuales, es independiente de la preferencia sexual. Diversos ejemplos de esto los encontramos en la «taxonomía» elaborada por Carlos Cáceres (1995) en base a entrevistas a varones con actividad homosexual en Lima.

7 Coleman, Wil: «Dedicándose a la masculinidad/dedicándose a la teoría». Asociación Sociológica Británica. 1990. Citado por Granados, Arturo: «El precio de ser hombre». PUCP. 1994. Ms.

⁸ Clatterbough, Kenneth: **Contemporary perspectives on masculinity**. Boulder: Westview Press. 1990.

⁹ Ver Badinter, Elizabeth: **XY, la identidad masculina**. Santa Fé de Bogotá. 1993.

Podemos distinguir, entre otros, al **gay** de clase media exclusivamente homosexual, que puede ser insertivo o receptivo y tiende a comportarse socialmente adoptando una conducta masculina convencional (ropa, postura corporal, gestos, vocabulario, etc), «un estilo macho que considera se ha puesto de moda entre los varones homosexuales». Y -mayormente en sectores populares-, al «activo» o «mostacero», que está muy cercano al «macho latino» y tiene un comportamiento bisexual, pero no cuestiona su heterosexualidad por su involucramiento con «cabros» o «travestis» (generalmente receptivos y de maneras «femeninas»)¹⁰.

El fantasma de la homosexualidad en la socialización de los varones haría más difícil para ellos que para nosotras repensar roles y modelos de identidad excluyentes y polares. La necesidad de diferenciarse de lo femenino se convierte en un rígido mandato que restringe y sanciona, limita la expresión de sus afectos con otros hombres y exige pruebas de lo que se entiende es un comportamiento masculino («demuestra que eres hombre», «pelea como hombre», «aguanta como hombre»).

Cuando a algunas mujeres se les critica por no ser muy «femeninas», es poco frecuente que se dude por ello de su identidad sexual. Entre los varones, no ser muy «masculino» equivale generalmente a ser tildado de homosexual (Badinter, 1993).

Así como se tiende a confundir hombre con masculino o masculinidad, se piensa que la masculinidad es equivalente de la «hombría» o «virilidad», que están más bien referidas a las características sexuales físicas del varón (genitales, voz, musculatura). Por eso, «cuando los varones se sienten cuestionados por el feminismo, no es sólo porque pueden perder sus privilegios, sino porque sienten amenazada su hombría» (Kaufman, 1989).

¿Cómo podrían redescubrir y valorar los hombres lo «femenino» que hay o puede haber en ellos cuando deben demostrar que no son femeninos para probar que son hombres? La necesidad o el deber de diferenciarse, de que no quede duda de la hombría, contribuiría a la definición de patrones de masculinidad que no sólo deben ser distintos, sino radicalmente opuestos a los de femineidad o asignados a las mujeres.

¿Siempre listos?¹¹

¹⁰ Cáceres, Carlos: «Bisexualidades masculinas en la Lima de los noventa: consideraciones de salud sexual». En: **El amor y sus especies**. PUCP. Lima. 1995.

Los estereotipos sobre la sexualidad masculina la asocian mayormente a la penetración, la conquista y el rendimiento. El varón que «siempre puede y siempre quiere» se constituye en un mandato que otorga prestigio, pero que también genera grandes presiones, temores y frustraciones.

Si embargo, los tiempos han cambiado y la vigencia de estos estereotipos se ve confrontada con otras realidades y peligros. Como advierten los estudios de Carlos Cáceres¹², la aparición del SIDA y los cambios en la cultura sexual femenina estarían contribuyendo a disminuir la presión por la iniciación sexual de los varones jóvenes, así como por la exhibición de una sexualidad muy activa por parte de éstos.

No obstante, otras investigaciones muestran que para un sector de varones iniciarse sexualmente con una mujer sigue siendo una experiencia de autoafirmación de la masculinidad, que además los legitima ante su grupo de pares y tranquiliza a sus familiares.

Entre los jóvenes universitarios de la Universidad Católica, entrevistados por Ponce y La Rosa¹³, uno de cada seis de los que se habían iniciado sexualmente lo hizo por presión de familiares y/o amigos, mientras que en el caso de sus pares mujeres ninguna admitió haberlo hecho por esta razón.

La presión por la iniciación sexual está asociada con el significativo porcentaje (40%) de varones -incluso más alto que entre sus padres-, que según este mismo estudio tuvieron su primera relación sexual con prostitutas. Más de la cuarta parte de ellos lo hizo por presión de familiares o amigos y sólo para el 20% se trató de una experiencia grata o placentera.

Otro estereotipo, que parece tener vigencia entre varones y mujeres de diversas edades y

Parte de estas reflexiones fueron desarrolladas en Yon, C.: «Exigencias y ausencias: hombres, reproducción y sexualidad». Ponencia presentada en el Taller «Aproximaciones a la Masculinidad». PUCP. 4-7 dic. 1995.

¹² Cáceres, Carlos: «Autonomía en las decisiones de salud reproductiva: en búsqueda de una perspectiva masculina». En: Seminario «Salud reproductiva y sociedad». IEPO-PROSAR. Universidad Peruana Cayetano Heredia. 1996.

¹³ Ponce, Ana y La Rosa, Liliana: **Nuestra sexualidad: mis abuelos, mis padres y yo. Construcciones sociales de la sexualidad en tres grupos generacionales**. PUCP. Lima. 1995.

estratos socioeconómicos¹⁴, es el que hace de la sexualidad masculina una fuerza irrefrenable, instintiva, «animal» y no necesariamente ligada con el afecto. Esta hipersexualidad justifica para los varones de todos los estratos la infidelidad con su pareja. En casos extremos, como la violación sexual, una supuesta sexualidad incontrolable puede aparecer como justificación o atenuante. «Yo actuaba como varón solamente» -título de un libro sobre procesados por violación- es a la vez la explicación que dio uno de los presuntos violadores de su comportamiento sexual cuando «se le presentó la oportunidad»¹⁵.

Por otra parte, tendemos a pensar que debido a la mayor libertad para vivir su sexualidad, los hombres disfrutaban de una vida sexual satisfactoria y sin problemas. Sin embargo, cada vez hay más evidencias acerca de las exigencias que deben enfrentar los varones respecto a sus genitales, así como del desconocimiento de su propia sexualidad y de la sexualidad femenina, de sus potencialidades de comunicarse, de sentir y dar placer.

Símbolo de virilidad y fortaleza, el tamaño del pene tiene una gran importancia en el imaginario masculino. Los varones experimentan una serie de temores y angustias respecto a lo que entienden se espera sobre un tamaño adecuado y un «funcionamiento» efectivo (temor a la impotencia) y oportuno (temor a la eyaculación precoz).

Los jóvenes universitarios entrevistados por Ponce y La Rosa (1995), preocupados por el tamaño de sus genitales, se quedaron sorprendidos al descubrir que las expectativas de sus pares mujeres no coincidían con lo que ellos suponían. Mientras que las chicas decían que «cuando el pene es grande inspira miedo porque puede causar dolor en el momento de la penetración», ellos pensaban «que las mujeres querían penes grandes» (p.86-87). Estos mismos varones mostraron su curiosidad acerca de cómo se produce la excitación femenina, intentando asociarla a sus propias experiencias. Por su parte, las parejas de los varones adultos de sectores altos entrevistados por Kogan (1992) reconocieron la dificultad que encuentran los hombres para hablar de sus temores sexuales, como por ejemplo del temor a la impotencia.

Dominio, agresividad y violencia

De acuerdo a la investigación de María Ragúz¹⁶, para los hombres lo más importante en la

¹⁴ Ver: Kogan, 1992; Vega-Centeno, 1994; Ponce y La Rosa, 1995.

¹⁵ León, Rafael y Sthar, Marga: **Yo actuaba como varón solamente: entrevistas a procesados por delito de violación**. DEMUS.1995.

¹⁶ Ragúz, María: **Construcciones sociales y psicológicas de mujer, hombre, femineidad, masculinidad y género en diversos grupos poblacionales**. PUCP. Lima. 1995.

definición de lo masculino es el dominio en la sociedad (autoridad, poder, «hacen lo que quieren») asociado con la fuerza física, la rudeza y agresividad (toscos, «salvajes», «más animales»). No hubo diferencias significativas por grupos de edad, estado civil, nivel educativo o socio-económico.

La violencia masculina relacionada con el dominio tiene condenables manifestaciones en la violación sexual, la violencia doméstica (contra mujeres y niños) y la violencia contra los varones homosexuales.

La agresividad, vinculada a la intrepidez, el riesgo o la valentía, se expresa con particular énfasis en la adolescencia, etapa en que se afirman las identidades de género. Las pandillas y las «barras bravas», si bien son espacios de socialización en los que los varones adolescentes y jóvenes pueden esperar lealtades de otros hombres y manifestarse recíprocamente afecto; son a la vez ámbitos en los que se refuerzan patrones de masculinidad violentos y temerarios, que encuentran empatía con símbolos de guerra o códigos de comportamiento que en algunos casos no escatiman la muerte. A pesar de que Cirilo, líder pandillero entrevistado por Martín Santos¹⁷, reconoce su temor ante la posibilidad de morir, encuentra inevitable someterse a reglas de juego que han copiado algunas pandillas en su contacto con expresidarios: «Me pinté las garras de un halcón en la barriga y los ojos de un halcón. Como ya era costumbre alguien tenía que morir. Yo tenía miedo pero no lo demostraba» (p.80).

Ciertamente el tema de la violencia juvenil no puede explicarse únicamente por los patrones de masculinidad. Sin embargo, es una perspectiva que nos permite comprender algunas de sus aristas; revisemos si no su lenguaje, sus posturas y sus ritos.

«Los hombres no lloran»

Quizá la otra cara de la exacerbación de la rudeza y de la necesidad de ejercer el control o el dominio de la situación, es la represión del afecto y la ternura. Muchos hombres evitan hablar de sus más hondos sentimientos y emociones. Sólo hablan de sus afectos o lloran cuando están ebrios.

La negación de manifestaciones de afecto hacia los varones, especialmente cuando son adolescentes, tanto por mujeres como por parte de otros hombres, se basa en el temor de alentar en ellos preferencias homosexuales. Esta idea es compartida tanto en los sectores altos (Kogan, 1992) como en los sectores populares. Es preocupante constatar que el 12% de los

¹⁷ Martín Santos: «Diario de un pandillero: algunas reflexiones sociológicas». En: **Ciudad de jóvenes: imágenes y cultura**. PUCP. Lima. 1995.

padres y madres de sectores populares que participaron en un estudio de la socióloga Sara Lafosse, escatiman las demostraciones de afecto hacia sus hijos varones como práctica de crianza.

A pesar de que se observan algunos cambios entre los más jóvenes (Ponce y la Rosa, 1995), las limitaciones de los varones para expresar sus sentimientos siguen dificultando la comunicación afectiva entre hombres y mujeres: «Yo nunca sabía si él me quería como yo a él. Le costaba mucho decirme "mi amor". Creo que no me quería» (Alina, 20 años, SJL).

Padres «solteros»

Recientes estudios realizados desde la psicología y las ciencias sociales¹⁸ muestran que la paternidad tiene menor importancia en la definición de la masculinidad que otros aspectos indudablemente centrales para los varones, como son la fortaleza física y la «virilidad» (expresada en características físicas sexuales). Pero, a la vez, una de estas investigaciones (Ponce y La Rosa, 1995) revela la existencia de un grupo de varones para quienes la paternidad empieza a aparecer como un factor relevante en la definición de su autoestima.

En ello encontraría su explicación la creación de la flamante Asociación de Padres Solteros (ASPASOL). Se trata de una agrupación pequeña y singular en nuestro medio, pero que acoge demandas que se empiezan a formular en un sector de hombres separados de sus parejas.

Los hombres que reúne ASPASOL reivindican el derecho de los padres a la tenencia de sus hijos, resaltando sus experiencias o potencialidades para desempeñarse en las tareas de crianza tradicionalmente asignadas a las mujeres. Pero, por otra parte, encontramos entre los integrantes de esta asociación a hombres que están reaccionando contra mujeres que no se ajustan a un patrón tradicional de femineidad, es decir que no son madres «ante todo», sino «madres irresponsables», mujeres que trabajan todo el día y dejan a sus hijos con otras personas, mujeres consideradas demasiado liberales o independientes. «Mi hija queda abandonada con personas extrañas porque la señora (su ex-esposa) trabaja en un hospital 12 horas y después se va a otro sitio a trabajar 12 horas. También sale a pasearse con su acompañante de turno.» (AJ, miembro de ASPASOL, 37 años).

¿Quién es el marido?

Una de las definiciones de masculinidad de los varones estudiados por Raguz (1995), es la de «no tener un rol doméstico». En cambio, los hombres se identifican con el rol de proveedor

18 Ver Raguz (1995) y Ponce y La Rosa (1995).

que, asociado a los roles de amo (jefe del hogar) y protector, sería una fuente de autoridad y dominio: el varón manda porque él es quien da el dinero.

Sin embargo, en la realidad los hombres no son los únicos que llevan dinero al hogar. Es más, como consecuencia de la crisis y la recesión algunas veces las mujeres son el principal sostén económico del hogar.

¿Qué cambios ha ocasionado esta nueva situación en la percepción que tienen varones y mujeres de los roles masculinos y femeninos? Al parecer, una división tradicional de los roles de género (donde la mujer sigue siendo la responsable de la casa y de los hijos) coexiste con otra, todavía minoritaria, de roles compartidos.

El testimonio de Rosa, joven trabajadora del hogar de San Juan de Lurigancho, expresa que si bien puede darse un cambio de roles, incluso con implicaciones para la redefinición de potestades y autoridades conforme «a quién trae o no dinero», los roles asociados a cada sexo siguen siendo los mismos: si ella provee es el marido, si él no trabaja o gana menos es la mujer: «Yo les digo: aquí el marido de la casa soy yo; él es mi mujer, porque yo lo mantengo (él es obrero y se encuentra desempleado). En su casa todos le dicen saco largo. El ahora ya les dice: qué voy a hacer, pues, si ella es mi marido».

¿Y por qué no cambian los hombres?

Contrariamente a lo que ocurre con las mujeres, los hombres no tienen más adversarios que ellos mismos: el doble rol de opresor y víctima les hace más difícil descubrir sus carencias y redefinir sus patrones de masculinidad.

Michel Dorai's, trabajador social francés que durante años ha tratado con varones de distintas edades, constata que los hombres sólo cambian cuando no tienen otra elección y enumera los rasgos de la masculinidad que a su juicio obstaculizarían el cambio: la dificultad para reconocer la vulnerabilidad y la necesidad de una ayuda exterior; la tendencia a culpar a los otros por el temor a cuestionarse uno mismo, a ser juzgado o rechazado; la dificultad para reconocer lazos de causalidad entre sus actitudes y comportamientos y las consecuencias para ellos mismos o los demás; la negación o huída de sus propios problemas y sentimientos mediante el trabajo compulsivo, el alcohol, las drogas o la violencia; el miedo a expresar sus emociones para no perder el control sobre sí mismos y brindar armas que puedan servir contra ellos¹⁹.

¹⁹ Dorai's, Michael: «Pour une approche masculiniste». En: **Des hommes et du masculin**. CREA&CEFUP. Lyon. 1992.

Podemos reconocer más de una de estas actitudes como propias de las masculinidades de nuestro continente.

Es un hecho que los cambios ocurridos en las mujeres y en la percepción de las femineidades han modificado el panorama para los varones. Y también que entre los hombres recién se empieza a descubrir las limitaciones de estereotipos rígidos que no les permiten expresar sus sentimientos o debilidades.

Buen número de hombres se sienten hoy amenazados y confundidos. Otros permanecen a la defensiva o no han encontrado aún referentes que reemplacen los tradicionales. Pero, seguramente, la mayoría encuentra que nada debe cambiar o no se ha enfrentado todavía a situaciones que los cuestionen.

Indudablemente el proceso de transformación de las identidades masculinas se perfila lento, heterogéneo y no desprovisto de contradicciones.

Autoconciencia masculina (recuadro)

José María García es educador y sociólogo. Ha participado en dos grupos de autoconciencia masculina, uno de los pocos -si no los únicos- que han existido hasta ahora.

- ¿Cómo surgió la iniciativa de trabajar con grupos de autoconciencia masculina?

- Con Tomás Rouzer -psicopedagogo- veníamos de una experiencia de trabajo con grupos de parejas que iniciamos en 1977. Esta experiencia duró tres años. En el 81, Tomás Rouzer y yo continuamos con un grupo de varones con los que trabajamos un año. Luego con otro, que duró dos años.

- ¿Y esta vez por qué no fueron parejas?

- Creo que por dos razones. Una, que había varones sin pareja y quizá no animados para hablar de sus cosas todavía en un ambiente de parejas. La segunda, que entendíamos que compartir espacios mixtos y espacios segregados podía ayudarnos, como les había ayudado a las mujeres para profundizar algunos aspectos. Pero no lo veíamos como algo permanente ni excluyente.

- ¿Cómo llegan estos varones? ¿Quiénes eran?

- Eran conocidos de Tomás. Eramos varones de clase media de distintas profesiones. Había un psicólogo, un educador, un ingeniero, un sociólogo, un pintor, un productor de videos... hombres entre los 30 y 40 años.

- ¿En qué consistían las reuniones del grupo?

- Empezábamos contando nuestras historias. Ahí veíamos las huellas de la socialización; eran cosas que nos obligaban a hacer y no nos gustaban. Por ejemplo, varios expresaron su disgusto por haber sido forzados a iniciarse sexualmente en los prostíbulos. Fueron situaciones que atemorizaron mucho, que no les dieron ningún placer. Se vivía como una imposición, como cuando se va al servicio militar.

- ¿Te parece importante que exista un espacio donde los varones puedan repensar los significados asociados a la masculinidad?

- No creo que esté mal, pero creo que se puede ganar mucho terreno si apostamos a los espacios mixtos. A la vez se puede tener dinámicas segregadas e intercambiar.

- Pero para las mujeres fue importante reunirse sólo entre ellas, sobre todo al inicio ...

- Sí, porque muchos varones podían haber echado a perder ese espacio. No hay que descubrir de nuevo toda la pólvora. Las mujeres llevan ya más de un siglo peleando en el campo racional pero sin renunciar a los sentimientos y la imaginación. A ellas las pautas de género no les han castrado dimensiones como los afectos y la ternura, que se necesitan tanto. Si no nos aliamos con las mujeres nos va a costar mucho más a los varones hacerlo solos.

Padres solteros asociados (recuadro)

Camilo García es industrial y tiene 42 años. En 1992 fundó la Asociación de Padres Solteros del Perú (ASPASOL), que hoy preside.

- ¿Qué realiza ASPASOL?

- Principalmente damos asesoría a los papás que están pidiendo la tenencia de sus hijos. Generalmente yo les aconsejo y cuando los problemas son difíciles cito al abogado.

- ¿Quiénes integran ASPASOL?

- ASPASOL se creó como asociación de padres solteros, pero en realidad agrupamos a los padres en general, solteros, casados o separados, que tienen problemas con su pareja por la custodia de los hijos. Actualmente hay 68 inscritos. Podrían ser más, pero nosotros aceptamos sólo a padres responsables.

- ¿Qué lo llevó a fundar ASPASOL?

- ASPASOL surgió hace 3 años y medio. Yo tuve la iniciativa de formarla por los maltratos de los que fui víctima en el Poder Judicial cuando estaba pidiendo la tenencia de mi hijo. Mi hijo fue abandonado por su madre cuando tenía 5 meses y eso no se ha tomado en cuenta. El Poder Judicial no considera a los hombres como padres que queremos a nuestros hijos.

- ¿Por qué cree Ud. que se favorece a la madre?

- Porque el Poder Judicial es muy «mamista», todo favorece a la madre. Si a las mujeres se les ha dado la oportunidad de que se desempeñen en la política, en la economía, por qué no se nos da a nosotros la oportunidad de encargarnos de nuestros hijos, de demostrar que tenemos padres que somos capaces de criar y educar a nuestros hijos.

- ¿Es difícil ser padre «soltero»?

- Yo con mi hijo aprendí mucho. Aprendí a cambiar pañales, yo le lavo la ropa, le plancho, le cocino, lo atiendo. A pesar de que mi hijo tiene su ama, pero igualito, yo estoy atrás, y además me doy abasto con mi trabajo.

- Y en el caso de parejas no separadas, ¿cree que hombres y mujeres deberían tener las mismas responsabilidades?

- Los dos. El hombre debe cooperar; no tiene por qué pensar que por lavar los pañales va a ser maricón. Por otra parte, a mí me parece bien que la mujer progrese, se eduque, trabaje, pero sin descuidar las tareas del hogar.

- ¿Qué tan importante piensa que es para los hombres ser padres?

- Para mí, antes de hombre, soy padre. Primero es mi hijo. La mujer que me quiera a mí, tiene que querer más a mi hijo que a mí. No sabe lo hermoso que es criar a un hijo, estar con él. Los momentos más felices de la vida uno los vive cuando los niños están chiquitos de un año, dos años. Porque después los niños crecen, se van con los amigos, la enamorada y nosotros vamos perdiendo la oportunidad que tenemos.

La celo porque la quiero (recuadro)

Javier tiene 21 años y su enamorada 19; ambos estudian computación en un Instituto de Educación Superior. Para él los celos y el control de su pareja serían una manifestación masculina de afecto y protección.

- ¿Te consideras celoso?

Lo normal, todos los hombres somos celosos. Los hombres siempre tienen que velar por la pareja que quieren, tienen que mirar que cosa está haciendo, de repente está haciendo mal. A ella la cuido porque la quiero. Para los hombres es una demostración de que la quieres.

- ¿Qué cosas te ponen celoso?

Me duele que otro la haya conocido antes que yo. Lindo hubiera sido si hubiera sido yo el primer hombre. Eso me duele bastante. A veces, no sé, siento así porque la quiero. Igual que a él me estará tocando, pues; de repente lo ha estado besando así como me está besando.

- Pero para tí ella tampoco era la primera

Es diferente, no se puede comparar. Yo no creo tanto en la virginidad, pero me molesta justamente porque la quiero.

- Pero eso ya pasó, ¿cómo te sentirías más seguro ahora?

No me gusta que esté conversando, paseándose o coqueteando con otras personas. También me molesta que use unas minis que son realmente brutales.

- ¿Te consideras un poco machista?

No. Yo no puedo ser machista.

